

CUARTA SECCION.

DISCURSOS.

I.

DISCURSO

PONENCIADO POR EL M. R. ARZOBISPO ELECTO DE SANTIAGO, D. RAFAEL VALENTIN VALDIVIESO, A LA APERTURA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS SAGRADAS EN LA SESION EN CLAUSTRO PLENO QUE TUVO LUGAR EL DIA 22 DE JUNIO DE 1845.

Constituido por la lei Director de la Academia de Ciencias Sagradas, cuya instalacion abeis querido solemnizar oi con vuestra presencia, cumpla con el grato deber de manifestar a nombre de sus miembros nuestro reconocimiento a los majistrados, que la han promovido i las dulces emociones de complacencia afectuosa a vosotros todos los que con benévolas simpatías ofreceis nuevo aliciente a los trabajos importantes que se preparan. No importa que el edificio cuyos cimientos acaban de zanjarse se alle ora limitado a liendes estrechos; porque no tardarán mucho en ensancharse prodijiosamente. El encierra dentro de sí una cimiento fecunda i capaz en su desarrollo de fertilizar vastas i anchurosas campiñas. La Academia cultiva aquellos ramos de las ciencias sagradas que pueden contribuir mas a propagar el conocimiento de la doctrina del cristianismo i a acer de ella aplicaciones a las necesidades morales del hombre; este es el blanco de sus esfuerzos. Es verdad que las tareas laboriosas de los académicos se allan desnudas del brillo literario i de la amenidad alagüeña que forman no pequeña parte de la recompensa del hom-

bre estudioso; pero tienen en cambio el dulce atractivo de generalizar el mas rico tesoro con que el cielo dotar pudiera a los mortales: su doctrina divina. Ella es el principio i el móvil de toda nuestra dicha i felicidad.

En efecto, señores, plugo a Dios en los decretos de su inagotable bondad, que la Iglesia de Cristo, destinada principalmente a salvar las almas, ejerciese tambien en la tierra una mision de cultura i civilizacion, i que desde el solio pacífico en que reposara a despecho de sus implacables enemigos enviase a los puntos mas remotos del globo, con la santa doctrina de que es fiel depositaria, jérmenes fecundos de ventura social. Nacida bajo el imperio despótico de los Césares, cuando envilecido el pueblo de la gran ciudad al eco de libertad que en otro tiempo conmoviera las naciones, abia sustituido una estúpida algazara para celebrar el año que designaba el capricho de la milicia pretoriana; cuando borradas del corazon asta las ueallas de sentimientos humanos corria placentero a la palestra i al circo a vitorear con horribles griterías los mas nefandos espectáculos; cuando entregados los sábios a las especulaciones de una filosofía desdeñosa i altanera miraban con fria indiferencia la espantosa degradacion a que la humanidad marchaba presurosa; nacida la Iglesia en tan infausta época parecia estar destinada a sucumbir bajo los escambros de la sociedad misma; pero ella abrigaba en su seno el fuego de vida que debia salvarla.

Desde el oscuro antro de las catacumbas a donde la abia relegado la zaña de sus sangrientos perseguidores, osó levantar la voz en defensa de la dignidad del ombre i los derechos sagrados de la naturaleza. Erijó sus cátedras sobre las torturas i los patibulos, i desde allí manifestó a la faz de sus verdugos que la fuerza brutal de los tiranos era impotente para doblegar la razon. Proclamó la redencion jeneral del jénero humano i la santa fraternidad, i sobre estas bases tan sólidas cimentó la igualdad. Presentó al divino fundador del cristianismo estableciendo en su iglesia jefes, no para someter i dominar, sino para servir i administrar, i con esta máxima sublime minó por sus cimientos el poder absoluto de los despotas. Colocó en las escuelas cristianas de Efeso, Esmirna, i muy principalmente en la famosa de Alejandria, faros luminosos que disipasen las tinieblas de la sabiduria pagana, i merced a las intelijencias sublimes de los Justinos, Pantenos, Clementes, i el incomparable Orjenes, la filosofia entró en una nueva i mas dichosa era. Tres siglos de opresión, de crueldad i de muerte no fueron bastantes para sofocar la semilla de la santa doctrina; porque el árbol de vida fecundado con raudales de sangre inocente tendió su ramaje de un modo

maravilloso para guarecer con su sombra protectora a la desgraciada posteridad de Adán contra las terribles avenidas de la corrupción i la barbarie. A la paz de la iglesia i la propagación de su enseñanza, sucedieron cambios felices en la sociedad. El puñal de un fermentido o los anteojos de soldadescas desenfrenadas, no sirvieron ya tan fácilmente de títulos abonados para ceñir la diadema. En lugar de ser las leyes el ludibrio de la razón, comenzaron a promulgarse algunas para la rehabilitación de sus imprescriptibles derechos. Se reconoció en los esclavos la dignidad de ombres i su sangre dejó de ser el feroz pasatiempo de voluptuosos banquetes. Se suavizaron los castigos horrendos con que arrazaban pueblos enteros los que se creían sus amos; i a la voz de la religión, monarcas poderosos bajaron del trono para confesarse delante de los altares culpables por las demasías del poder.

Sonó la ora terrible en que la barbarie i la fuerza coligadas resolvieron destruir por sus cimientos la civilización europea. Enarbolada la enseña fatídica, ordas indomables llevaron a todas partes el saco i la desolación, i mientras todo cedía al poder irresistible de su brazo victorioso, la doctrina solo del cristianismo opuso un dique a la creciente devastación. Aquellas frentes de hierro que habían presenciado con desdenosa altanería el completo destrozo de las águilas romanas se inclinaron delante de la cruz, i los que poco antes respiraban sangre i exterminio, escucharon las suaves máximas de la religión pacificadora i bajo su dulce influjo comenzaron a deponer su selvática ferocidad. Mancilladas las buenas costumbres i degradada la humanidad con los más vergonzosos vicios, la desmoralización había roto la venda i blasonaba ya de su triunfo, cuando la enseñanza cristiana suscitó personas a millares de todas condiciones i sexos que con su vida angelical ablasen a corazones embrutecidos por el crimen, el lenguaje de los echos, único que podían ya escuchar. Llevadas la abnegación i penitencia austera asta el eremismo, con ejemplos repetidos de estas imponentes virtudes, causaron espanto al vicio i contruyeron la corrupción que a torrentes se desbordaba en todas las comarcas. Roto el freno de la moral, la sociedad corrió a las armas. Cubrieron la Europa soberbios castillos cuyas almenas eran dominadas por tenaces i vengativos rivales; los pueblos se dividieron en banderías armadas que estaban en continua asechanza i no se oyó mas que el ruido estrepitoso de las armas. Las fértiles campiñas donde en otro tiempo naturaleza ostentara su lozanía i fecundidad se vieron sembradas de cadáveres i melancólicas ruinas. Era necesario para atajar el mal contener la altivez de los señores, mas ellos no conocían otra lei que su espada, ni mas ocupación onerosa que

empuñar el acero fratricida. Sin embargo ablaron los Pastores depositarios de la sagrada doctrina, intimaron la voz divina con firmeza i la *fregua de Dios* restableció la seguridad i llevó la paz al hogar doméstico.

Otro azote, si puede aber mas terrible, afligió a la humanidad. Sumerjidos los entendimientos en un profundo letargo i aerrojados con fuertes coyundas al carro funesto de la ignorancia estúpida, abia llegado a erijirse esta plaga asoladora de las inteligencias en un timbre onroso. Los monumentos mas gloriosos de la humanidad iban a desaparecer para siempre con las escuelas que ollara la planta agreste del bárbaro, cuando la Iglesia abrió sus asilos de piedad a las ciencias para salvar los restos del antiguo saber, entre las breñas que poblaban monjes austeros i poderosos despues presentar escudados con la santa cogulla, a la sociedad que entonces los repulsaba: ¡Ah i cuántos no debeu la civilizacion i las luces al cristianismo por este solo beneficio! Sin su apoyo la marcha progresiva del entendimiento umano abria sido mui lenta; i cuando llegara a romper las densas tinieblas que abian esparcido en el oriente la devastacion maometana i los siglos de oscuridad e ignorancia en occidente, sus mas aventajados esfuerzos apenas abrian logrado difundir ciertas ráfagas de luz sobre las inteligencias privilegiadas como en los tiempos mas felices de Grecia i Roma.

Siempre que la razon fiada en sus propias fuerzas a desechado la guia de la antorcha divina que la ilumina, su marcha a sido fluctuar entre la ignorancia i el error. Las mismas conquistas ganadas bajo la influencia de la celestial doctrina la ha deslumbrado asta el extremo de acerla olvidar el verdadero orijen de sus progresos i quererse sublevar contra el brazo omnipotente que la ensalzara; pero bien pronto sus propios estravíos an escarmentado su orgullo i criminal ingratitud. Luego que el hombre flaco ensanchó sin límites los fueros de su débil razon, intentó erijirse en censor severo de las obras maravillosas de la Providencia, i en el delirio de una exaltacion mentida llegó a proclamar su emancipacion de la enseznanza divina, proyectando sistemas i formulando teorías para labrarse por sí solo su propia dicha. Mas cual fué el resultado de tan pomposas promesas? Ataviado el despotismo con el gorro de la libertad, izo pesa su mano de hierro sobres los pueblos pacíficos, vertió torrentes de sangre i bajo su ominoso imperio la paz i la seguridad uyeron a guarecerse entre los bosques. Por fortuna del jénero umano las uellas destructoras de las falsas teorías au contribuido a radicar mas la verdad importante de que solo las doctrinas i creencias cristianas pueden dar a los sistemas i a las instituciones el aplomo que necesitan para ser provechosos. Esta conviccion echa cada vez mas ondas raices en el corazon de la sociedad, i los

pensadores profundos que trabajan por el bien de la humanidad, miran como un elemento vital de civilización i cultura el sentimiento religioso. La doctrina que desarmó a la crueldad, conquistó la libertad i triunfó de la barbarie, de la ignorancia i de la falsa filosofía es un presente divino que el hombre no alcanza bastamente a apreciar; pero estos sabios distinguidos fijan su atención en el cultivo de aquellos ramos del saber que contribuyen al desarrollo del sentimiento mas elevado en su objeto i fecundo en resultados que puede abrigar el corazón humano; i por esto tambien cada dia adquiere nuevos títulos a la gratitud pública la tarea onerosa de los que se afanan por inscribir en las masas el sentimiento religioso.

Chile sin mengua de su sensatez no podia desatender el estudio de las ciencias sagradas o conságrarle por lo ménos un cuidado tardío. De su parte la Universidad a comprendido toda su importancia, procurando con esmero preparar cuanto antes la instalación de la Academia, que la lei orgánica mandó erijir. En este cuerpo ocupa un lugar distinguido la enseñanza de la Santa Escritura, aquella ciencia, que reposa en la palabra infalible del mismo Dios, i que solo ella ofrece al hombre la senda segura, la verdad i la vida. Sus lucubraciones se dirijen precisamente al punto, que mas se alla en contacto con nuestras necesidades, porque los académicos deben ejercitarse en el modo práctico de defender i esponer los libros revelados. La práctica del ministerio parroquial i el austero ejercicio del orador cristiano son otros no ménos importantes objetos de la Academia; formando el completamente de sus trabajos la instrucción detenida en el derecho eclesiástico administrativo. Como se ve, su plan no está calculado para trasplantar de improviso a nuestro suelo la Academia romana de *Religion Católica* u otro cuerpo de este jénero, en donde sabios encanecidos en el estudio i la enseñanza van a depositar los frutos sazonados de sus conocimientos profundos. Diseñar el edificio sobre escala tan abultada, no habria producido otro efecto, que abortar un pensamiento atrevido; vacío de resultados positivos. Nuestra Academia si bien está aora circunscrita a límites mas estrechos, se alla sin embargo organizada de manera que pueda satisfacer nuestras mas urgentes necesidades. Las ciencias profesionales destinadas a preparar a los que deben ejercer cargos delicados, necesitan de un doble cultivo porque la enseñanza puramente teórica de los colejos no abilita por si sola a hacer con discrecion i cordura la aplicacion de sus principios a las variadas combinaciones, que complican los casos. Es preciso dar a esos mismo principios un desarrollo práctico, i suplir con ejercicios académicos la expedición i el fin; que ordinariamente sin este auxilio solo podrian alcanzarse a costa de una larga i provechosa experiencia.

En la Academia, se dá la última mano a la educación eclesiástica; i en ella recibe su complemento la preparación científica de los mas augustos e importantes ministerios. Allí se adiestran los que están destinados a regir las parroquias; esos padres venerables que la religion concede a los pueblos i cuyos caritativos oficios, traspasan los límites que la naturaleza a preñado a la paternidad carnal. En la infancia ellos son los que derraman las aguas regeneradoras sobre los tiernos parvulillos, escuchan sus balbucientes gemidos, enjugan sus primeras lágrimas i les adquieren el precioso derecho de hijos predilectos del Abisimio. En la niñez revelan a las inteligencias noveles los secretos de la sabiduría divina, les enseñan las suaves máximas del evangelio, cultivan los primeros jérmes de la virtud en sus almas inocentes i les dán a gustar en las aras del cordero immaculado las delicias del manjar celestial. En la juventud penetran asta el fondo del corazón para prevenir los peligros mas ocultos, rompen los lazos que anudan las pasiones i socorren su inesperecia en medio del torbellino que agita el ardor juvenil. Ellos son los que vendicen sus castos amores, calman las inquietudes suscitadas por la inconstancia, restablecen la paz doméstica i unen con fraternal abrazo a los mismos que se juraban venganza. Ellos los que abogan por el uérfano i el menesteroso, i los que sirven de firme apoyo a la casta doncella i desamparada viuda, a quienes la malicia acusa con terrible asedio. Ellos en fin los que llevan el consuelo al pecho del dolor, los que con santas preces consagran la partida de este valle de llanto, reciben el postrer suspiro de los labios moribundos i cubren con el polvo las yertas cenizas.

La Academia es tambien donde el orador cristiano va a ensayar el eco que con dignidad i maestria debe resonar en los púlpitos sagrados. Su mision augusta sancionada por el por el Salvador del mundo, i coronada en todos tiempos con maravilloso suceso, tiene por objeto manifestar las glorias del Criador, anunciar la buena nueva a los mortales i derramar sobre los espíritus abatidos el dulce bálsamo de celestiales consuelos. Su elocuencia sin dejar de ser elevada, debe acerse popular; porque es necesario enseñar a los rudos i convencer a los sábios; predicar a los pescadores i campesinos i triunfar de los filósofos. No solo necesita de una instruccion profunda acerca de la doctrina de la Iglesia, sino del tino práctico que le aga descender asta la mas sencillas esplicaciones sobre los puntos abstractos, sin descuidar aquellas flores oportunas que inspiren agradable interés a la inteligencias superiores. El orador sagrado para ganar los entendimientos i regenerar las costumbres necesita conocer a fondo todos los pliegues del corazón humano, el estado de los espíritus, las pasiones que los domi-

nan, los intereses i errores de la época. Para poder con destreza insinuar la verdad i acerla amar al mismo tiempo, se requiere un ejercicio anticipado i adquirido bajo la direccion de experimentados maestros. Así es como se explota con provecho el venero que ofrecen los recursos del jenio, el brillo de una rica imaginacion i el calor de una alma profundamente penetrada de tan sublime objeto.

Las disertaciones sobre la Santa Escritura i los ejercicios acerca de su exposicion que establece el reglamento de la Academia presentan un vasto campo al Doctor eclesiástico en que desplegar conocimientos variados sobre los diversos ramos del saber que tienen mas íntima relacion con la ciencia bíblica. Así es como adquiere habitualmente método para preparar con fruto sus preciosos trabajos i adaptarlos a las necesidades de la época. En vano una filosofía destructora a querido ollar, con su plata mortífera los ondas respetos con que mil generaciones acataran la verdad revelada; en vano se a pretendido divorciarla con las luces de la istoria i los secretos de la naturaleza; la Santa Escritura, despues de un examen severo, se presenta radiante engalanada con los mas ricos despojos de sus enemigos. Ella ostenta la divinidad de su origen i los comprueba con los archivos de los pueblos i las investigaciones de las ciencias físicas en que los sofistas esperaban encontrarle su ruina. Los libros santos son un arsenal bien provisto de armas poderosas para la defensa del teólogo, i cumple a la mas santa de las causas, la de la religion i la humanidad, consagrar los mas asiduo desvelos al cultivo de ciencia tan importante.

Pero lo que todavia dá a la Academia un interés profesional mas extenso, es el estudio del derecho eclesiástico administrativo, que ocupa una gran parte de sus sesiones. Los chidenos a los vínculos sociales que ligan sus intereses, unen los religiosos que estrechan los espiritus i uniforman sus creencias. La religion entre nosotros no es, con respecto al estado un objeto de legales concesiones, sino una necesidad de conviccion i de fé, por lo que sus mutuas relaciones no reposan en las variables combinaciones de la política; sino en la sincera i cordial consonancia de los principios; de modo que si para el buen régimen de la Iglesia ai necesidad de hábiles i celosos ministros que dirijan su marcha; para el provecho de la sociedad, se necesita de majistrados espertos i diestros políticos que empujen esa misma marcha, allanando los obstáculos que pudieran defraudar a los pueblos de sus reconocidas ventajas. Para desempeñar tan noble mision, es neccario conocer a fondo la organizacion del poder eclesiástico i distinguir la fisonomia peculiar con que se presenta su ejercicio en las relaciones con el po-

der temporal de cada nacion i en especial de la nuestra. No solo es preciso comprender todos los resortes de esta máquina i tener calculada su fuerza, sino tambien saber el modo práctico de aceros obrar. Muchas veces el cambio de una fórmula cria embarazos que no existian i la adopción de otra facilita el camino que estaba obstruido. Por eso los académicos estudian este ramo del Derecho Canónico de una manera práctica i en las principales modificaciones de que es susceptible segun las circunstancias.

Como acabas de ver, señores, la Academia no está destinada por ahora a brillar con esplendor literario entre los establecimientos científicos de un rango elevado. Su objeto solo es satisfacer a las exigencias más imperiosas de la Iglesia i del Estado chileno. Felices nosotros si lográsemos formar en ella ministros dignos de la santa religion que profesamos, si amaestrados todos en una misma escuela, llevasen a los puntos más remotos con un mismo espíritu unos mismos principios, si entrañando la autoridad eclesiástica en sus agentes naturales, la unidad sistemada que tanto se necesita en dilatadas diócesis, pudiese siempre conservar su marcha constante i uniforme! Si, pero aun así más que esperar de la Academia. Ella, como os decía poco a, está organizada de manera que a medida del progreso en el estudio de ciencias sagradas, sea tambien el ensanche que reciba la esfera de su acción benéfica. Los licenciados en la Facultad de Teología componen en ella una seccion literaria que está llamada a ocuparse en trabajos científicos de un orden superior. Así mismo los que una vez fueron académicos, sea cual fuese la posición que ocupen, quedan ligados a mantener con la Academia, sino relaciones estrechas, por lo ménos suficientes medios de mutuo contacto. De este modo los trabajos académicos pueden llegar a ser frutos brillantes del jenio o aventajadas producciones de la erudición i el talento. Así los injenios privilegiados no irán a estancar su actividad por falta de ocasión i estímulos en las quebradas desiertas o las selvas sombrías de una parroquia rural; i los eclesiásticos, compelidos a sostener una frecuente comunicación en sus literarias tareas, abandonarán el aislamiento que las más veces sepulta provechosos estudios en el secreto de sus gabinetes. Entónces, resplandeciendo su luz desde prominentes candelabros ará que se aprecie su oculto saber, i que se acate en la palabra del sacerdote no ménos la dignidad de su carácter, que el tesoro de sus profundos conocimientos. Cuando miró, señores, como una ventaja para el sacerdocio el presentarse a los ojos de los pueblos con el brillo que comunican las luces, no creais aplaudido la vana presunción de los que solo buscan su elevación en las ciencias, ni que pretendo vincular a las propias fuerzas el fruto de los

santos ministerios. Solo quiero que se desvanezca la maligna preocupacion que los enemigos de la religion alimentan contra el sacerdocio. Ellos se empeñan en presentarlo como ijo espurio del siglo que apellidan de las luces i el progreso, i es necesario privarlos asta de la gloria funesta de inventar calumnias.

Todo asegura a la Academia un porvenir venturoso. Se trabaja por mejorar los métodos de enzeñanza; bulle en el corazon de la juventud el ansia de saber; las ciencias sagradas recobran el lugar que su importancia les tenia preparado; el Gobierno i la Universidad consagran anhelosos cuidados a su cultivo i los eclesiásticos ondamente penetrados de su augusta mision, no perdonan sacrificios por acerse dignos de ella. Entre los académicos que oi tengo la onrra de presentar al cuerpo universonario no solo ai jóvenes de instruccion i talento, sino tambien maestros aventajados en los mismos ramos que van a formar el objeto de sus estudios. Abrumados con el peso de graves ocupaciones, no se an desdeñado de agregar a ellas nuevas i mas laboriosas fatigas; en todos no se descubre mas que el noble designio de estimular con su ejemplo a la juventud eclesiástica. Bajo tan felices auspicios la Academia va a ser un centro comun de actividad i de luz; va a despertar con viveza en los eclesiásticos el espíritu de sociedad i comunicacion en sus literarios trabajos; va a concentrar sus fuerzas i a preparar los elementos de prosperidad, que dehen depurar nuestros usos i conservar el lustre de la santa disciplina.

Señores: elevemos a Dios fervientes súplicas para que tan alagüeñas esperanzas no sean una vana ilusion. Qiera su mano bienechora dotar a la Academia de Ciencias Sagradas de una fecundidad dichosa i conservar para los lejisladores que la establecieron una grata memoria de benediction.
